CAPITULO V

EL BIÓGRAFO, EL HISTORIADOR Y EL LITERATO

23. Vimos en los dos últimos capítulos, cómo en sus formas rudimentarias las diferentes artes que expresan sentimientos y pensamientos por acciones, sonidos y palabras, tienen un origen común, como también los que enseñan estas artes.

Continuando este análisis, necesitamos ahora observar cómo han surgido simultáneamente, del mismo germen no diferenciado, los rudimentos de ciertas otras artes y de los profesionales correspondientes. El orador, el poeta y el músico primitivos, eran al mismo tiempo el biógrafo, el historiador y el hombre de letras primitivos. Las acciones del héroe constituían el tema común; y revistiendo tal ó cual forma, la celebración de sus hazañas se traducía ya en un discurso, ora en un canto, ora en un poema recitado, ya en una historia personal, lo que constituye una biografía, ya en otra historia más extensa que asocia las acciones de una sola persona á la de varias, ora ese comentario, tan vario en sus direcciones, de hechos y proezas de los hombres, y del curso de las cosas que constituye la literatura.

Antes de señalar los hechos que sirven de ejemplo á esta génesis simultánea, notemos que en la naturaleza de las cosas no podía existir otra suerte de génesis, y que la raíz común de donde nacen estas artes, arranca muy en lo hondo de la naturaleza humana. Si consideramos un grupo de salvajes sentados alrededor de una hoguera en el campo, y nos preguntamos cuáles serán necesariamente los asuntos ordinarios de su conversación, tendríamos que respondernos que no sabrán hablar apenas más que de sus propias acciones y de las de los demás durante la guerra y la caza. Aunque les rodee una naturaleza abrupta y se hagan muy sensibles sus cambios, á veces imponentes, excelente objeto de descripción y comentario, sólo les interesan, sin embargo, casi siempre en cuanto afectan á los hombres y ejercen una influencia decisiva en su existencia. Las acciones humanas son las cosas perpetuamente interesantes, y, evidentemente, entre las acciones humanas, las más discutidas son las que se distinguen más de lo ordinario, las victorias de hombres valerosos, las acciones de los fuertes y las maniobras de hombres hábiles. Así, en las primeras fases de las sociedades rudimentarias, la falta de asuntos que exciten más, después de los relatos de éxitos individuales, durante la caza ó el combate diario, se vuelve siempre al relato interesante de las hazañas del gran jefe, de sus acciones ordinarias, de sus discursos importantes. Poco á poco, la descripción y las alabanzas de sus hazañas adquiere el carácter de una narración más ó menos coherente de los incidentes de su vida; así empieza la biografía.

Otra razón que indica que la biografía rudimentaria sea el comienzo de la historia, producto del espíritu primitivo, es su sencillez, incomparable con ninguna otra forma; es la más fácil, tanto para el que habla como para el que escucha. El discurso que se apoya

en los grandes hechos, con sus peligros y sus medios, es el que exige poder intelectual más escaso; y las cosas habladas son, en todo, ó en parte, inteligibles á las inteligencias menos desenvueltas. Los niños nos procuran la necesaria prueba: piden, sin descanso, que se les refieran historias, demuestran así su preferencia innata por los relatos de aventuras; revelan cuán débil es el esfuerzo que pone el espíritu en la asimilación intelectual de las aventuras. Y basta notar cómo «la vieja» de aldea, «por débil que sea de espíritu, vive atiborrada de historias sobre el señor y su familia», para ver que la biografía puramente narrativa (no hablo de la biografía analítica), no exige ningún esfuerzo apreciable de pensamiento, segunda razón de que nació en seguida.

Claro, ya lo dijimos más arriba: la biografía verdadera y coherente, elaborada en los pueblos donde se han instituido poco á poco jefes permanentes y reyes, se desenvuelve gradualmente fuera de los relatos y de estos incidentes particulares de su vida, que celebran los sacerdotes-poetas. Apuntemos algunos hechos en su apoyo.

24. Los primeros períodos de este desenvolvimiento transcurrieron antes de la existencia de los relatos escritos, y no pueden recordarse de una manera definitiva; hay que restablecerlos según pruebas fragmentarias, suministradas por las razas no civilizadas, que hicieron ya algunos progresos. Las tribus salvajes de las montañas indias, nos ofrecen algunos ejemplos. Dice Malcolni: «El *bhat* es, al mismo tiempo, bardo y cronista de los *bhills*.» Atestigua, asimismo, que según los historiadores indígenas, los rajpootos conquistaron ciertas tierras, y que

«Casi todos los bhats, ó trovadores de la tribu, residen todavía en la Rajpootana, donde hacen visitas anuales, ó bisanuales, y algunos sólo trisanuales á las tribus del Sur, para notar los acontecimientos notables en las familias, y particularmente los relativos á los matrimonios, y para cantar, en presencia de los *bhills* encantados, la historia de su origen y la nombradía de sus antepasados.»

También leemos en Hislop, á propósito de otra tribu:

«El *Padal*, llamado al mismo tiempo *Patuadi*, *Parduan* y *Desai*, forma una clase numerosa que se encuentra en las mismas localidades que los *Raf Gouds*, á los cuales sirven sus miembros de consejeros religiosos (Pradaná). Son, en efecto, los *bhats* de las clases superiores, que recitan sus genealogías y las hazañas de sus antepasados.»

Aquí, pues, el sacerdote es un narrador, y su narración tiene un carácter gráfico-histórico. Consiste en la narración de los hechos principales de la existencia de ciertas personas, y unidas á los relatos de las hazañas de las tribus, forman una historia rudimentaria.

En Africa, donde por razones que hemos mencionado precedentemente, la majestad del jefe vivo no da lugar habitualmente al culto para el jefe muerto, sólo encontramos el primer período en este desenvolvimiento.

«El rey de los zulús tiene hombres que cumplen la misión de los heraldos en las danzas, y que, cuando ocurre una ocasión propicia, se presentan y refieren las diferentes acciones y las hazañas de su augusto monarca en una serie de frases no interrumpidas.»

En el Dahomey, lo mismo, se dan unidos el cortesano y el historiador. En este reino, donde las mujeres representan un papel tan importante, hay, como hemos visto, bandos femeninos, y «esta especie de tro-

vadoras son las que guardan los archivos del reino del Dahomey; su plaza es hereditaria, y lucrativa.»

Abisinia nos da un ejemplo de la manera cómo los gérmenes mixtos de la biografía y de la historia hacen su aparición en los entierros de los hombres distinguidos.

«Asisten muchas veces á los entierros de los grandes, cantadoras de profesión...; cada uno de los asistentes improvisa á su vez, lamentándose, algunos versos de alabanzas en honor del difunto... Las cantadoras profesionales dan detalles minuciosos sobre la historia de sus antepasados, sus hazañas, su carácter y hasta sus riquezas.»

Cuando la persona muerta es un monarca conquistador, el elogio funeral por profesionales—primer paso hacia la deificación—forma el núcleo de un culto en que se reunen el relato de su vida, que constituye una biografía, y sus hazañas, núcleo también de la historia primitiva.

Hechos análogos procuran descripciones americanas de antiguas civilizaciones. He aquí un pasaje de Bamcroft, concerniente á los aztecas:

«La preparación y la guardia de los archivos de las clases superiores, tales como los anales históricos y los misterios eclesiásticos, estaban bajo la intervención de los más altos dignatarios del sacerdocio.»

Leemos en otra parte todavía:

«En esa asamblea se preparaba el *libro de Dios*». En sus páginas se inscribía los anales de Nalma desde el tiempo del diluvio...: los ritos religiosos, el sistema de gobierno, las leyes y las costumbres sociales; sus conocimientos en agricultura y en todas las artes y ciencias.»

Instruye mucho el observar cómo en este libro sagrado, como en otros libros sagrados, se mezclaban la religión, la historia y la biografía con las costumbres y los conocimientos profanos.

25. Algunas sociedades antiguas nos legaron pruebas semejantes. Es evidente la naturaleza biográfico-histórica de la Escritura de los hebreos, cómo en otros casos, los incidentes de la divinidad nacional forman la materia primitiva: la creación de todas las cosas por Dios en días sucesivos, y el descanso del día sétimo. Relatos de sus acciones personales caracterizan los libros siguientes, y están combinados con los relatos de hechos y proezas de Adán y de los patriarcas (notas biográficas). En lo que nos refiere Abraham de Isaac y de Jacob, vemos la biografía que domina; la historia, casi falta. Pero con la transición de la vida nómada á la vida sedentaria, y el desenvolviento de la nación, el elemento histórico adquiere rango principal. Sin duda durante mucho tiempo, las genealogías y los acontecimientos principales vivieron fiados al conocimiento tradiccional ordinario, aunque podemos admitir con justicia que la clase de los sacerdotes, la clase culta, era la encargada muy particularmente de conservar tales conocimientos. Los tiempos más recientes nos suministran algunas pruebas de este orden, como, por ejemplo, estos pasajes de Kuenen y Neubaner:

«En el siglo XVIII antes de Jesucristo, el profeta Jahvch llegó á ser un escriba.»

»Después de vuelto Esdras (llamado el escritor hábil) de Babilonia, tuvo discípulos que se les llamó *sopherim*, «escribas», y cuyo oficio consistía en multiplicar las copias del Pentateuco y en interpretarlas. «Escriba» y «letrado» eran sinónimos por estos tiempos.»

Nos procuran hechos semejantes algunos libros an-

tiguos de la India. Hablando Weber de su contenido, dice:

«La historia» no puede, propiamente hablando, ser considerada á no ser como una rama de la poesía... no sólo á causa de su forma... sino también acerca de su objeto.»

«Kalhana, que escribió una historia de Cachemira en el siglo XII después de Jesucrito, «era más poeta que historiador.

»En algunas casas de príncipes, no dejaban de guardar archivos de familias conservados por los sacerdotes domésticos.»

Las antiguas inscripciones egipcias nos procuran, en estos respectos, numerosas pruebas. El elemento biográfico-histórico de la literatura, deriva, naturalmente, del culto primitivo; es evidente; lo vemos en este hecho,—que se puede juntar al que hemos citado más arriba, concerniente á los abisinios—de que en la antecámara de una tumba egipcia se encontraba la noticia de la vida del difunto, y, naturalmente, lo que se hacía en pequeño para un hombre vulgar, se hacía en grande para el hombre de elevada posición.

Leemos en Brugsch, que

«Los dioses reales de los egipcios designados como reyes, tienen su historia individual, que los escribas sagrados escribían en los libros de los templos.»

He aquí pasajes análogos de Bunsen y Duncker:

«Diodoro (I, 44) dice que «los sacerdotes tenían en sus libros sagrados, trasmitidos de tiempos antiguos, y que á su vez trasmitían también á sus sucesores con el mismo encargo, descripciones escritas de todos sus reyes... Hacían un relato de cada rey, de sus fuerzas físicas y de sus disposiciones, y de las hazañas de cada uno, según el orden cronológico.

«Un sacerdote» leía diariamente al rey los apotegmas y las proezas de los hombres eminentes... en sus libros sagrados. Sabemos que existían poemas de una longitud considerable sobre objetos históricos.»

Es, pues, evidente que los sacerdotes eran en Egipto, á la vez, biógrafos é historiadores.

Los capítulos precedentes nos han mostrado indirectamente la conexión primitiva entre la religión, la biografía y la historia de los griegos. Las alabanzas en honor de las acciones del dios, ya líricas, ya épicas, articuladas de un modo rítmico por sus sacerdotes, ponían en relación el elemento sagrado con esos dos elementos profanos. Pero podemos citar algunos hechos típicos todavía.

«La historia de la familia y de los estados griegos fué representada sistemáticamente de un modo edificante, conforme al sentido de la religión de Apolo, y dictada por intereses teocráticos.

»En los santuarios y sus alrededores, se conservaban las tradiciones más antiguas.

»Se conservaba una lista de los sacerdotes en Argos, y la hubo también, respecto á su dignidad de sacerdotes, de los reyes de Esparta... Así nacieron los archivos históricos.»

Y por entonces, después de la secularización de los discursos ó cantos rimados, enunciados primero en honor de los dioses, el carácter biográfico-histórico de su contenido se conservó y adquirió superior desarrollo. En sus exámetros, empleados, en primer término, por los sacerdotes de Delfos, Homero hace un relato en la *Ilíada*, que, aunque es histórico, sobre todo, es biográfico en parte; la cólera de Aquiles es su motivo principal. Después tenemos en la *Odisea* un relato que es casi biográfico por completo. Pero aunque muy se-

cularizadas estas epopeyas, no han perdido por entero su carácter sagrado primitivo; puesto que los dioses están representados en ellas como desempeñando un papel activo.

Como dijimos con anterioridad, la sociedad romana, tan heterogénea en su composición, tuvo su evolución normal modificada por influencias exteriores. Podemos encontrar todavía, sin embargo, cierta conexión entre el sacerdote y el historiador. Según Duruy y otros,

«Los pontífices se ocupaban en conservar el recuerdo de los acontecimientos, todo lo exactamente posible. Los romanos tenían los Anales de los Pontífices ó *Annales Maximi*, los *Fasti Magistratum*, los *Fasti Triumphales*, las listas de los censores, etc.

»Cada año, el jefe de los pontífices escribía sobre una tablilla blanca, á cuya cabeza se encontraban los nombres de los cónsules y de los demás magistrados, un resumen cotidiano de todos los elementos memorables sucedidos en el interior y en el extranjero. Estos comentarios ó registros fueron reunidos enseguida en ochenta volúmenes, á los que llamaron *Annales Maximi* sus autores.»

Además, por sus asociaciones, el cuerpo de los *feciales* tenía, sin duda, un cierto carácter sacerdotal.

«Al lado de estas dos más antiguas é ilustres corporaciones de hombres versados en las ciencias espirituales *(augures* y *pontífices)*, se puede colocar, hasta cierto punto, el colegio de los veinte heraldos del Estado *(feciales*, de origen incierto), destinados á ser los depositarios vivos del recuerdo tradicional de los tratados pactados con las comunidades vecinas.»

Si, como se pretende, fué Rómulo considerado por los romanos como uno de sus principales dioses, con

un templo y un sacerdote para los sacrificios en su honor, parece que se podría deducir, que la historia de sus hazañas, que tenía muy principalmente un carácter místico, tenía algún fondo de verdad, que se repetía de tiempo en tiempo, en los elogios de los sacerdotes; y que el discurso ó el himno enunciados por éstos en las fiestas, tenía como los himnos de naturaleza análoga de los sacerdotes griegos, un carácter biográfico-histórico.

Aun no refiriéndose, sino indirectamente, á la cuestión inmediata, vale la pena de añadir que Eunio, el historiador romano más antiguo, era asimismo poeta épico, «el Homero del Lacio», como se llamaba á sí mismo. La versificación de la historia antigua, de que encontramos un ejemplo en sus escritos, está naturalmente de acuerdo con la idea de la unión, más antigua todavía, que hemos encontrado en las narraciones que alababan al sacerdote-poeta primitivo.

26. En efecto, en pruebas suministradas por el Norte de Europa, encontramos desde luego las que existen de la época que ha precedido al cristianismo. Aunque las historias del poema épico teutónico, los *Nibelungen*, hayan sido reunidas en el cristianismo, pertenecían, sin embargo, á la época pagana; y podemos admitir sin temor, que eran recitadas originariamente, como en otros pueblos europeos, por los servidores de los grandes cortesanos durante su vida, por los sacerdotes-poetas después de su muerte. Pero todavía mucho tiempo después de la victoria del cristianismo sólo la narración cristiana, en la cual se reunían como en otras narraciones primitivas la biografía y la historia, procuraba los asuntos de la literatura; los sacerdotes eran los agentes de transmisión.

«Del siglo IV al VIII no existe ya literatura profana;

no hay más que la literatura sagrada; los sacerdotes son los únicos que estudian ó que escriben; siempre, salvo raras excepciones, sobre asuntos religiosos.»

De los cincuenta y siete autores citados por Guizot como pertenecientes á los siglos IX y X, sólo cuatro eran laicos y se ocupaban sin duda en idénticos estudios.

Sin embargo, mientras que la materia biográfico-histórica ordinaria, á que se consagraron los sacerdotes, era la que les ofrecía ó sugería su fe, parece que después del siglo VIII hay algunos casos en que los asuntos fueron bebidos en distintas tradiciones, distintas de las cristianas; de ahí la *Chanson de Roland*, la *Chanson de Alexandre*, escritas en el siglo XII por los sacerdotes Konrad y Lamprecht.

Por lo demás, bastan algunos ejemplos, sacados de Inglaterra. Las crónicas y las historias eran casi siempre compiladas en los monasterios. Señalemos ejemplos, por orden cronólogico: tenemos desde luego á Bede, que era monje é historiador; Cynewolf, abad y escritor de historias; Gildas, monje y cronista; Asser, obispo y biógrafo. La crónica anglo-sajona era un anuario de los acontecimientos anotados por monjes del siglo IX al XII. Después de la conquista, los autores principales todavía eran eclesiásticos y sus obras eran generalmente crónicas ó vidas de santos. Entre ellos estaban Mariano Scoto, Florencio de Worcester, Eadmer, Orderico, Vital, Guillermo de Malmsbury, Wace, Enrique de Huntington, Fitzstephen, Tomás d'Ely, innumerables más durante los diferentes reinados en que la parentela continúa manifestándose; pero donde se manifiesta asimismo es en la esfera literaria de los competidores profanos.

Incluso sin hechos de este género, podemos asegurar cómodamente, que durante la Edad Media no había apenas cultura alguna á no ser entre los eclesiásticos, y que la composición de las biografías y de la historia, debía ser forzosamente obra de los sacerdotes solos.

27. El hecho de que la ficción nació de la biografía es tan evidente, que apenas hay necesidad de demostrarlo. A menos que un biógrafo sea exacto, lo cual es raro en los biógrafos modernos, y los antiguos no lo eran ciertamente, sucede sin poder evitarlo, que se mezcla más ó menos fantasía en los hechos. Las mismas tendencias que en los tiempos antiguos transformaban las anécdotas concernientes á los jefes, en relatos mitológicos, que hacían de ellos dioses, se manifestaron universalmente, y produjeron necesariamente, en la narración de la vida de los hombres, exageraciones que la desnaturalizaban considerablemente; si recordamos las disputa que se encendía entre los griegos, á propósito del lugar de nacimiento de los poetas y filósofos, veremos en qué medida eran inciertos los relatos de esos hombres, y hasta qué punto se alteraba con la imaginación la realidad de los hechos. Y lo mismo en el período cristiano; no tenemos que citar siquiera los milagros referidos en las vidas de los santos, para encontrar pruebas abundantes de alteraciones parecidas. Al igual que en nuestros días el que repite una anécdota, ó hace circular un escándalo, se ve tentado casi siempre del prurito de hacer su historia más interesante, exagerando los puntos principales, en los tiempos antiguos, en que se hacía menos caso de la verdad que ahora, los recatos se falseaban cada vez más, á medida que pasaban de boca en boca.

Claro, el narrador que daba la versión más pintores-

ca de una aventura ó de una empresa, era el que más gustaba á los oyentes, y, naturalmente, tentado á aumentar siempre las adiciones debidas á su imaginacion, se hacía un cuentista casi sin sentirlo. Pero los niños, deseosos primero de saber si las historias que se les cuenta son verdaderas, llegan, poco á poco, á aceptar como tales relatos imaginarios, y después no faltan algunos, instruídos por tales ejemplos, que inventan cuentos maravillosos para despertar el interés de sus compañeros. En las poblaciones civilizadas ó semicivilizadas, se produce entre los adultos la misma génesis. De ahí la clase establecida de cuentistas (*storyteller*), en Oriente, autores de ficciones orales, y se ve cómo gradualmente con este procedimiento la ficción se diferencia de la biografía; al principio, esas historias, que, como exageraciones de incidentes verdaderos creen, en parte, los mismos narradores, son creídas por completo por los oyentes. En su libro *Two Iears Residence in a Levantine Family*, Mr. Bayle Saint-John nos dice, que cuando leía *Las Mil y una noches* en alta voz, y advertía á los que oían que no debían considerar aquellos relatos como verídicos, persistían en creerlos, diciendo: ¿cómo un hombre iba á ponerse á escribir mentiras? De suerte, que cuando la ficción se consolida, continúa clasificada como biografía, sólo se distingue, y, con trabajo, en las naciones civilizadas.

La historia antigua de las naciones civilizadas demuestra que tiene gran parte el sacerdocio en la génesis de esa biografía imaginaria. En tiempo de Stephen, Wace, el sacerdote lectoral (*seading clerk*) era, al mismo tiempo, un novelista. Tenemos también el arcediano Walter Map que componía relatos profanos y religiosos, y después suelen citarse historias que probablemente tenían por autores á eclesiásticos, pero

no se comprobó. Mas los hechos parecen demostrar, después de esta época, que el hecho de contar relatos imaginarios llegó á ser asunto de profanos en Inglaterra.

Por este tiempo se revelaron formas derivadas de la literatura que contenían, sin embargo, la mayor parte del tiempo un principio biográfico. Después de la conquista, Saewulf, que después de hacerse monje escribió el relato de sus viajes, es un ejemplo de la tendencia hacia la literatura autobiográfica, así como de la geográfica también. En seguida tenemos, durante el reinado de Ricardo I, á Nigel Wircker, un monje que escribió una sátira contra los monjes, y lo mismo hizo el arcediano Walter Map, además de su volumen de anécdotas. En tiempo de Ricardo I vivía Geoffrey de Vinsauf, un eclesiástico que era también un crítico de poesía, y en el del rey Juan, Giraldo Cambrensis, que escribió sobre la topografía. Durante el reinado de Enrique III vivió el monje Mathieu Paris, que al no hablar muy bien del papa y del rey, convirtió la biografía en sátira. Durante los reinados siguientes, Wichf, Juan Trevisa y otros, añadían la función de traductor á sus funciones literarias, y algunos, como Bromyard y Lydgate se ocuparon en asuntos diversos: derecho moral, teología y retórica. Es inútil acumular aquí detalles. Nos basta reconocer el camino por donde en lo antiguo el sacerdote se puso á la cabeza como hombre de letras.

Siguiendo el curso de las cosas, al mismo tiempo que se secularizaba la biografía, la historia y la literatura en general, los hombres de letras se dividían en mayor número de clases. La historia, en la que dominaba primero el carácter biográfico, en otras ramas se diferenció. Por de pronto, hay el género no filosó-

fico (*unphilosophical*), como el que cultivaba Carlyle, que pensaba que las hazañas de los grandes hombres eran los únicos asuntos de que valía la pena de tratar. Y viene después el género filosófico de historia, que extendió, poco á poco, el dominio de la historia y la hace un relato del desenvolvimiento nacional. La *Short History*, de Green es uno de esos ejemplos. A poco, la biografía, además de su división en biografía escrita por el hombre biografiado, y biografía escrita por otro, toma caracteres muy distintos; hay biografía puramente narrativa, y otra que emplea en una amplia medida el elemento analítico y reflexivo. Y al lado de diferentes especies de escritores entregados á la ficción, que trasportan la escena de las acciones que describen á medios diferentes, y las tratan de diversas maneras—ya en el género descriptivo, ya sentimental, ya satírico,—tenemos una variedad de ensayistas didácticos, cómicos, críticos, etc.

28. Poco hay que añadir en cuanto á las uniones especiales que acompañaron estas divisiones generales. Los hombres de letras, tomados en conjunto, no tuvieron la tendencia á reunirse en corporación sino en una época reciente. Es difícil descubrir las razones de este hecho.

Como la redacción de los libros, en los tiempos antiguos, se verificaba en los monasterios principalmente ó por eclesiásticos provistos de rentas, no se hizo de la tarea una ocupación con miras lucrativas. Hasta después de la invención de la imprenta no hubo en mucho tiempo un público bastante numeroso para hacer de la literatura un medio de ganar la vida; y cuando después se escribieron libros para ganar dinero, los escritores no pudieron procurarse sino una existencia miserable. Los beneficios posibles casi eran

únicamente obtenidos mediante el patronato de la gente rica. Es curioso ver, en efecto, cómo el hombre de letras moderno, continuó mucho tiempo encontrándose en la misma posición dependiente que el trovador de los antiguos tiempos. Era el hombre complaciente del rey, ó de un noble poderoso, y estaba obligado á componer, si no en verso, al menos en prosa, adulaciones en honor de su patrono. Desapareció esa costumbre en una época muy reciente; y sólo la extensión del público que compra libros, hizo posible un número considerable de escritores. Por eso, hasta en estos últimos tiempos, no fueron los hombres de letras los suficientemente numerosos para hacer posible una unión profesional.

Recordando que en Francia vivió la Academia durante mucho tiempo como corporación literaria, podemos notar que en Inglaterra puede atestiguar nuestra generación cierto movimiento hacia la integración. Hace más de cuarenta años se hicieron esfuerzos colosales para establecer una corporación de literatura y arte, y, sin embargo, no tuvieron buen éxito. Pero hay ahora en Inglaterra una Sociedad de Autores y un órgano periódico especial, que se ocupan en los intereses de los autores, y además varios periódicos literarios que sirven de órganos á la crítica y sirven también para poner á los autores en relación con el público.